

Doce años de kirchnerismo

Mario D. Serrafero

Desde la vuelta de la democracia en Argentina, en 1983, las urnas determinaron que gobernaran dos presidentes radicales y tres peronistas: Raúl Alfonsín, casi seis años; Carlos Menem, 10; Fernando de la Rúa, dos; Néstor Kirchner (NK), cuatro; Cristina Fernández de Kirchner (CFK), ocho. La suma se completa con el gobierno de Eduardo Duhalde durante un año y cuatro meses, que fue elegido a través de la Asamblea Legislativa tras la crisis de diciembre de 2001. El peronismo –en sus diferentes versiones– gobernó casi 24 años y el radicalismo ocho (dos de ellos en coalición). Dos presidentes radicales no pudieron terminar sus mandatos. Alfonsín renunció meses antes de concluir el periodo presidencial y le entregó el mando al nuevo presidente electo, Carlos Menem. Y De la Rúa renunció en una de las peores crisis económicas y políticas de Argentina. De esos 24 años gobernados por el peronismo, 12 lo fueron bajo el sello del kirchnerismo. Suficiente tiempo para decir que fue la fuerza más influyente en la democracia, desde su vuelta hasta hoy.

El kirchnerismo no fue siempre el mismo durante esos 12 años, y deben distinguirse sus tres gobiernos. El de NK continuó la reconstrucción económica iniciada en el periodo de Duhalde, con Roberto Lavagna como ministro

Mario D. Serrafero, doctor en Ciencia Política y Sociología, es miembro de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas de Argentina.

Desde la vuelta de la democracia en Argentina, en 1983, el peronismo tuvo dos vertientes: la de Carlos Menem y la de los Kirchner. Esta última ha sido la fuerza más duradera. ¿Cuál es su ideología? ¿Cuánto hay de pasado y cuánto de innovación en los 12 años de kirchnerismo?

de Economía. Los hechos más destacados fueron la intervención del Estado en la economía, la reestructuración de la deuda y la prolijidad de los números de la macroeconomía. El gobierno de CFK comenzó con una crisis en el sector agrícola y una caída en su popularidad que determinó que perdiera las elecciones legislativas de 2009. Los festejos del bicentenario de la Patria, la sorpresiva muerte de NK, en octubre de 2010, y cierta mejora económica influyeron positivamente en la imagen y popularidad de CFK. En 2011 consigue su reelección con el 54% de los votos. En el segundo mandato la situación económica se va deteriorando, la inflación llega a más del 30% anual y se detiene el crecimiento. CFK es más dura y confrontativa con la oposición; el conflicto con los medios de comunicación, especialmente con el Grupo Clarín, se incrementa al igual que con sectores de la justicia. En las elecciones legislativas de 2013, obtiene de nuevo menos votos, lo cual sepulta los deseos de una reforma constitucional para obtener un nuevo mandato presidencial. Pero durante 2014 y 2015 su imagen positiva aumenta y los efectos del “pato cojo” –esperables en una presidencia reelecta– parecen no existir.

Kirchnerismo y peronismo

En la política argentina el peronismo fue el movimiento –más que partido– predominante desde su emergencia en 1945 y su triunfo electoral en 1946.

La figura carismática del general Juan Domingo Perón atravesó la política argentina hasta su muerte, en 1974. Ese peronismo clásico fue el icono de los populismos latinoamericanos de mediados del siglo XX. Desde la restauración democrática, en 1983, el peronismo tuvo dos vertientes claras: el menemismo y el kirchnerismo. El primero representó en Argentina la implantación del proyecto neoliberal. Llevó adelante la reforma estructural del Estado y la economía, la privatización de las empresas estatales, la desregulación económica y la apertura hacia el exterior. En 1991 implementó el Plan de Convertibilidad, que conllevó la estabilidad monetaria y concluiría estrepitosamente en la crisis de diciembre de 2001, bajo el gobierno de De la Rúa. Este peronismo neoliberal se despreocupó de la cuestión social y dejó una elevada cifra de pobreza. El kirchnerismo se presentó como la cara opuesta de aquel peronismo neoliberal y en la contienda electoral de 2003 Kirchner se enfrentó a Menem. El primero obtuvo el 22% y el segundo el 24%, pero Menem no se presentó a la segunda ronda.

¿Cuál fue la ideología kirchnerista? ¿Qué y cuánto hay del peronismo, a secas? ¿Cuánto de pasado y cuanto de innovación? Tema complejo. El kirchnerismo abreva de pensadores clásicos del peronismo como Arturo Jauretche, pasando por los intelectuales de la llamada “izquierda nacional” y arribando a versiones que reconvierten el populismo en una construcción sofisticada bajo la pluma de Ernesto Laclau. En el kirchnerismo el gen del intervencionismo en el Estado ha vuelto adquiriendo un lugar estelar. La cuestión “nación” ha completado el repertorio de un populismo clásico que reaparece en formato de “relato”. Se agregó una épica discursiva que buscó enemigos en figuras como las corporaciones, los medios de comunicación, los representantes del “antipueblo”. El kirchnerismo no solo fue el antídoto contra las recetas neoliberales del menemismo, sino también respecto de su política de indultos a las juntas militares de la dictadura. Para el posmenemismo aquellos indultos sellaron el matrimonio macabro entre la ideología neoliberal y la complacencia frente a las violaciones de derechos humanos.

Las ideas tienen, al menos, dos fuentes importantes en el discurso: la letra y las prácticas. Dos maneras de abordar formas y contenidos. Desde la letra del kirchnerismo aparecerá la definición de un proyecto nacional, popular, democrático e inclusivo. Desde las prácticas, el territorio es más complejo y la cercanía con el peronismo clásico y hasta con la versión noventista-menemista, tan denostada, es notable. Su lectura de instituciones donde la división de poderes no cuenta, su capacidad para representar al “verdadero pueblo”, la centralidad del ejecutivo en la toma de



CFK en el 60° aniversario de la muerte de Eva Perón (Buenos Aires, 26 de julio de 2012). GETTY

decisiones y en el liderazgo de la comunidad política son solo algunas características compartidas. La letra kirchnerista vuelve sobre contenidos clásicos del peronismo, privilegia la política, el Estado, el pueblo y la nación. Reconstruye también otra parte de la historia. Si el peronismo de mediados del siglo XX tuvo su propia versión del país y del mundo, valorando el movimiento de masas, el liderazgo y las reivindicaciones sociales, el kirchnerismo viene a completar el tramo de los acontecimientos que transcurrieron de los años setenta a esta parte. Así, reivindica el papel de la juventud en Argentina de la lucha armada setentista. Posición que no duda en calificar de progresista y que cabalga en comunión con otras ideas relativas al igualitarismo en cuanto al trato de ciertos colectivos y los derechos que les asisten. La militancia de los derechos humanos va así de la mano con posiciones antidiscriminatorias, por ejemplo en la cuestión del matrimonio igualitario o la igualdad de género.

La letra kirchnerista toma, así, el legado teórico e histórico del peronismo clásico, se posiciona de manera militante en una lectura intensa y no discutible sobre la historia reciente y va en consonancia con el pensamiento social de época, compartido por vastos sectores sociales y políticos, respecto de nuevos derechos e igualdades. Estos componentes son solo segmentos gruesos del discurso kirchnerista volcado en letra. Una visión dogmática

suave y de fondo (el peronismo clásico o histórico), una visión dogmática fuerte e intensa (la perspectiva de la izquierda de los años setenta) y una visión social, flexible y actualizable que recoge el clima de la época actual.

Estado, gobierno, política

Al kirchnerismo le ha costado diferenciar entre Estado, gobierno y partido. Así fue como intentó colonizar el Estado con sus partidarios y la oposición tuvo escasa participación en la estructura estatal, solo los cargos electos. Fue un Estado poco profesionalizado e ineficaz en la provisión de ciertos bienes públicos, por ejemplo en el otorgamiento de seguridad a la ciudadanía. Tuvo algunos sectores muy eficientes como la agencia recaudadora de impuestos (AFIP), y ocurrieron hechos lamentables como la intervención del Instituto de Estadísticas y Censos (Indec), que privó al país de cifras fiables en asuntos cruciales como la inflación y la pobreza. Durante los años del kirchnerismo, los órganos estatales de control al poder ejecutivo fueron prácticamente neutralizados y solo la justicia permaneció como instancia de control frente a denuncias por abuso de poder y corrupción.

La política en los últimos 12 años tuvo como signo predominante la confrontación con los distintos sectores. A su tiempo, todos pasaron a ser enemigos: los empresarios, la Iglesia, los medios de comunicación. Prácticamente no existió diálogo entre gobierno y oposición. La división del campo político en amigos-enemigos y la consecuente polarización fue una estrategia de acumulación de poder desplegada desde el inicio del mandato de NK hasta la finalización de CFK. No fue difícil que los K asumieran como intelectual de cabecera a Laclau. A la práctica política del intento de control de todas las instituciones –experimentada tempranamente cuando los K gobernaban Santa Cruz– se le agregó la sofisticación de la razón populista de Laclau.

En cuanto al estilo de gobierno, las administraciones kirchneristas tuvieron la mayor concentración de poder conocida en manos de un presidente. Los ministros fueron meros empleados de los mandatarios. Gozaron de mayoría parlamentaria prácticamente durante todo el tiempo, y por ello el Congreso se convirtió en un lugar de escaso debate y deliberación que votó con obediencia las propuestas de un oficialismo que impuso su número.

En relación con la justicia, nada más asumir NK la presidencia, promovió la renovación de parte de la Corte Suprema que había estado alineada automáticamente con el expresidente Menem. La medida de integración de una

corte independiente fue aplaudida por todos los sectores políticos. A finales del gobierno de NK comenzaron a aparecer indicios de corrupción. En el segundo gobierno de CFK se intentó controlar las designaciones de la justicia federal con el supuesto fin de evitar las causas de corrupción contra figuras del gobierno y de la propia familia presidencial. Un caso resonante fue el procesamiento –en dos causas– del vicepresidente del segundo mandato de CFK, Amado Boudou. Los dos últimos años del gobierno de CFK fueron de intensa confrontación con la justicia. Otro de los casos de alto impacto político y mediático –nacional e internacional– fue la muerte del fiscal Alberto Nisman, a cargo de la investigación sobre el atentado de la Asociación Mutual Israelí Argentina (AMIA), e impulsor de la investigación sobre el memorándum de entendimiento con Irán.

El oficialismo justificó su estilo de gobierno con dos argumentos. En primer lugar, el apoyo electoral que, salvo la elección de NK, le dio una mayoría que se trasladó al Congreso y a la gestión de las instituciones. En segundo lugar, la concepción de que solo un poder ejecutivo fuerte podía luchar contra los intereses corporativos y el poder económico concentrado y mediático. Por otra parte, durante los 12 años la oposición no pudo articularse de manera efectiva para ofrecer un modelo distinto de políticas públicas y ser una alternativa de gobierno. En esta oposición cabe ubicar a la Unión Cívica Radical (UCR), a Propuesta Republicana (PRO), el peronismo disidente de la conducción de los Kirchner, a Afirmación de una República Igualitaria (ARI) y una serie de coaliciones temporales que no lograron sobrevivir (como UNEN).

En cuanto al contenido de sus políticas, la presidenta CFK señaló que desde la asunción de NK “comenzamos a construir el concepto de igualdad social, económico, político y de género, que llena de contenido a la libertad y eso le da el verdadero sentido a la democracia”. La presidenta computa como logros, entre otros, la recuperación de YPF, de Aerolíneas Argentinas y la política de planes sociales como Progresar, Procrear, Conectar Igualdad y la Asignación Universal por Hijo. Estas políticas –con algunos matices– gozan de un importante consenso en la población y en el resto de las fuerzas

El kirchnerismo propuso la construcción de una nueva burguesía y de un proyecto industrialista, pero la estructura económica no cambió

políticas. La agenda social del gobierno fue extensa y debe computarse de manera positiva, sobre todo por el papel desempeñado en los años siguientes a la crisis de diciembre de 2001. El cuestionamiento, en todo caso, es el uso clientelar de la asistencia social y la inercia en cuanto a la construcción de una política genuina de empleo y desarrollo.

Otro aspecto destacable fue el aumento del presupuesto en educación, aunque permanece la duda sobre la calidad del gasto y los resultados. Asimismo, durante la gestión kirchnerista se revalorizó el papel de la ciencia, aumentaron los salarios postergados de los investigadores y se creó el ministerio de Ciencia y Técnica. Debe mencionarse también la sanción del nuevo Código Civil y Comercial de la Nación que rige la vida de los argentinos desde el 1 de agosto de 2015.

Como se señaló antes, la economía kirchnerista tuvo logros en sus primeros años, durante la gestión de NK, pero la situación se fue deteriorando en las administraciones de CFK. El kirchnerismo se presentó como el gobierno que proponía la construcción de una nueva burguesía nacional y el portador de un proyecto industrialista. No obstante, el perfil y la estructura económica del país no variaron demasiado. Respecto del sector agropecuario –tan importante en Argentina– el kirchnerismo tuvo una mala relación, llegando a una situación crítica en 2008. En estos años se perdió el autoabastecimiento energético, lo que obligó al país a gastar miles de millones de dólares en la importación de energía.

La política exterior ha sido variada a lo largo del tiempo. Fue en consonancia con los postulados de la política doméstica. Así se planteó la autonomía marcando distancia con las “relaciones carnales” con Estados Unidos de la época de Menem. Se privilegió el discurso latinoamericanista, a pesar de lo cual los conflictos estuvieron presentes, por ejemplo con Uruguay respecto de las papeleras instaladas en territorio uruguayo. En noviembre de 2005 se llevó a cabo la IV Cumbre de las Américas, donde se cuestionó el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Además del Mercosur, otros nuevos organismos tuvieron fuerte respaldo del kirchnerismo, como la Unasur (Unión de Naciones Suramericanas) y la Celac (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños). Con el correr de los años fue mayor el acercamiento a la corriente bolivariana liderada por la Venezuela de Hugo Chávez. En el segundo mandato de CFK las relaciones con EE UU no mejoraron, y se establecieron acuerdos con Rusia y China, además de la firma de un polémico acuerdo de entendimiento con Irán.

El kirchnerismo y su legado

El balance de estos 12 años ofrece muchos matices, contradicciones y paradojas. Con NK la economía se reconstruyó y el país comenzó un periodo de notable crecimiento. En 2015 CFK transmitirá el poder con una situación económica de nulo crecimiento, falta de inversiones, embargos en tribunales internacionales, inflación y el llamado “cepo al dólar” (establecido ante la progresiva escasez de divisas).

En lo social, los K llevaron adelante una serie de planes que, en su momento, ayudaron a paliar la crisis, pero el número de pobres, lejos de descender, aumentó. En 2015 la cifra de la pobreza alcanza al 28% de la población, según las mediciones de la Universidad Católica Argentina. Asimismo, los planes sociales creados deberán ser reemplazados con el tiempo por empleo genuino, lo cual no parece cercano en el horizonte.

En materia de política exterior la situación no es menos compleja. CFK comenzó su primer mandato diciendo que su país modelo era Alemania, pero fue ella quien más acercó Argentina a Venezuela. No escatimó esfuerzos para mantener una relación poco amistosa con Washington y en su segundo mandato llegó a acuerdos con Moscú y Pekín. A China se le concedió por 50 años territorio en la provincia de Neuquén para la construcción y funcionamiento de una estación espacial.

Respecto de la justicia, el kirchnerismo comenzó con la renovación de la Corte Suprema y el nombramiento de jueces independientes. Pero el segundo gobierno de CFK intentó cooptar a jueces y fiscales a través de distintas medidas. Se produjo una batalla entre jueces y gobierno, que seguramente continuará más allá de la terminación del mandato. El kirchnerismo deja a una sociedad más dividida entre quienes sostienen el “proyecto” y quienes lo confrontan. Pero una sociedad que en el fondo tiene preocupaciones comunes como el aumento de la inflación (Argentina es el segundo país del mundo con mayor inflación), la inseguridad ciudadana y el narcotráfico.

Para las elecciones presidenciales de este octubre, la fórmula kirchnerista la integran Daniel Scioli, candidato a presidente, y Carlos Zannini, candidato a vicepresidente. Scioli, actual gobernador de la provincia de Buenos Aires, no es visto por el kirchnerismo duro como sucesor natural de CFK, pues se le vincula con la derecha del peronismo. No obstante, es inevitable su candidatura al ser quien mejor mide en las encuestas. La oposición con mayores oportunidades es el frente Cambiemos, espacio

donde competirán en unas primarias, el candidato del PRO, Mauricio Macri, el de la UCR, Ernesto Sanz, y la candidata del ARI, Elisa Carrió. También dentro de la oposición, el exfuncionario kirchnerista Sergio Massa no pierde sus esperanzas de lograr la presidencia. Cualquiera que fuere quien gobierne, el kirchnerismo ha dejado partidarios en los distintos órganos y estructuras institucionales. En el Congreso tendrá asegurado un número significativo de legisladores, en la administración han ingresado empleados y funcionarios, y en la justicia abogados kirchneristas como conjuces, además de una agrupación, Justicia Legítima, que reúne a jueces y fiscales partidarios del gobierno. Este componente kirchnerista en las estructuras estatales –que supuestamente continuará comandado por CFK– podría condicionar al propio presidente entrante.

El gobierno que viene, sea de signo peronista u opositor, debería continuar las políticas que gozan de consenso y corregir los aspectos y cuestiones que no han sido beneficiosos para el país. La continuidad de la prioridad de la agenda social y del otorgamiento de nuevos derechos difícilmente podría ser cuestionada. Un nuevo estilo de gobernar, la apertura al diálogo y una mejora notable en el funcionamiento de las instituciones es, quizá, el déficit más ostensible del kirchnerismo, y debería ser corregido en la nueva administración que asuma tras las elecciones de octubre, sea continuidad del oficialismo o de signo opositor.